

podía haberse escapado; iba a volver, y sería muy interesante ver cómo le prendían. Y daba detalles minuciosos sobre la ratonera preparada, en tanto que la vendedora de manteca y la vendedora de frutas continuaban examinando la casa de arriba abajo, espiondo cada hueco, y esperando ver en todos ellos los sombreros de los gendarmes. La casa, tranquila y muda, se bañaba con beatitud en el sol de la mañana.

—¡Cualquiera diría que está todo lleno de policía!—murmuró madame Lecœur.

—Están en la guardilla, allá arriba—dijo la vieja.—Veán ustedes, han dejado la ventana tal como la han encontrado... ¡Ah! Miren ustedes, allí hay uno escondido en el tejadillo, me parece.

Estiraron el cuello las otras dos, y no vieron nada.

—No, es la sombra—explicó la Sarriette.—Ni las cortinillas siquiera se mueven. Han debido de sentarse todos en la habitación sin moverse.

En aquel momento vieron a Gavard que salía del pabellón del pescado, con aire de preocupación. Las tres se miraron con ojos relucientes, sin hablar. Se habían acercado más erguidas en sus colgantes faldas. El comerciante de aves se acercó a ellas.

—¿Han visto ustedes pasar a Florencio?—preguntó.

Ellas no respondieron.

—Necesito hablarle en seguida—continuó Gavard.—No está en la pescadería... Debe de haber subido a su casa... Pero ustedes le habrían visto...

Las tres mujeres estaban un poco pálidas. Seguían mirándose, con ligeros temblores en las comisuras de los labios. Al ver vacilar a su cuñado;

—No hace cinco minutos que estamos aquí—dijo redondamente madame Lecœur.—Habrá pasado antes.

—Entonces subo al quinto piso—repuso Gavard riendo.

La Sarriette hizo un movimiento como para detenerle; pero su tía la cogió el brazo y la atrajo hacia sí, diciéndole al oído:

—¡Déjale so tonta! Le está bien empleado. Eso le enseñará a no pisotearnos.

—No dirá más que yo como carne averiada—murmuró más bajo aún mademoiselle Saget.

Luego quedaron sin hablar palabra. La Sarriette estaba coloradísima; las otras dos tenían una palidez cada vez mayor. Ahora volvían la cabeza, molestas por sus miradas, embarazadas por su manos, que ocultaban bajo sus delantales. Sus ojos acabaron por levantarse instintivamente hacia la casa, siguiendo a Gavard al través de las piedras, y viéndole subir los cinco pisos. Cuando le creyeron en la habitación, se examinaron de nuevo mirándose de reojo. La Sarriette soltó una risita nerviosa. Por un instante las pareció que las cortinillas de la ventana se movían, lo cual les hizo pensar en una lucha. Pero la fachada de la casa conservaba su tranquilidad tibia; pasó un cuarto de hora de calma absoluta, durante el cual les dió en la garganta una emoción creciente. Desfallecían, cuando un hombre, saliendo del portal, corrió en busca de un fiacre. Cinco minutos más tarde, bajaba Gavard, seguido de dos agentes. Lisa, que había salido a la acera, al ver el fiacre, se apresuró a entrar de nuevo en la salchichería.

Gavard estaba lívido. Arriba le habían registrado y le habían encontrado encima el revólver y la caja de los cartuchos. Por la rudeza del comisario, por el movimiento que acababa de ha-

cer al pronunciar su nombre, el pollero se creía perdido. Era un desenlace terrible, en el que nunca había pensado con claridad. Las Tullerías no le perdonaban. Le flaqueaban las piernas, como si le esperase ya el piquete de ejecución. Sin embargo, cuando vió la calle, halló en su fanfarronería bastante fuerza para andar erguido. Hasta dió con una postrera sonrisa, al pensar que los Mercados le veían y que sabría morir como un valiente.

Entretanto, la Sarriette y madame Lecœur habían acudido. Cuando hubieron pedido una explicación, la vendedora de manteca se puso a sollozar, en tanto que la sobrina, conmovidísima, se abrazaba a su tío. Este la tuvo estrechada en sus brazos, entregándole una llave y diciéndole al oído:

—Tómalo todo, y quema los papeles.

Subió al fiacre con el mismo talante con que hubiera subido al patíbulo. Cuando el coche hubo desaparecido en la esquina de la calle de Pedro Lescot, madame Lecœur vió a la Sarriette que trataba de ocultar la llave en el bolsillo.

—Es inútil, niña mía—le dijo apretando los dientes.—He visto que te la ponía en la mano... Como hay Dios que iré a decírselo todo a la cárcel si no eres complaciente conmigo.

—¡Si soy complaciente, tía!—respondió la Sarriette con embarazada sonrisa.

—Entonces vamos en seguida a su casa. Vale la pena de que no dejemos tiempo a los esbirros para que metan mano en sus armarios.

Mademoiselle Saget, que había escuchado, con miradas que echaban llamas, las siguió, corrió detrás de ellas, con toda la longitud de sus pierrecillas. Ahora le tenía ya muy sin cuidado el esperar a Florencio. Desde la calle de Rambuteau, hasta la calle de la Cossonnerie, se mostró

muy humilde, estaba llena de complacencia, y se ofrecía a ser la primera que hablase a la portera madame Léonce.

—Ya veremos, ya veremos—repetía brevemente la vendedora de manteca.

En efecto, fué preciso parlamentar. Madame Léonce no quería dejar subir a aquellas señoras a la habitación de su inquilino. Tenía el semblante muy austero, como si la chocara el mal anudado pañuelo de la Sarriette. Pero cuando la vieja señorita le hubo dicho algunas palabras en voz baja, y se le hubo enseñado la llave, se decidió. Una vez arriba, no les entregó las habitaciones sino una por una, exasperada, con el corazón destilando sangre, como si hubiera tenido que indicar ella misma a unos ladrones el sitio en que estaba su dinero.

—Bueno, tómenlo todo—exclamó dejándose caer en un sillón.

La Sarriette estaba ya probando la llave en todos los armarios. Madame Lecœur, con aspecto suspicaz, la seguía tan de cerca, se le echaba tan encima, que la joven le dijo:

—Tía, me molesta usted. Déjeme siquiera los brazos libres.

Por fin, se abrió un armario en frente de la ventana, entre la cama y la chimenea. Las cuatro mujeres exhalaban un suspiro. En la tabla del centro había una decena de miles de francos en monedas de oro, metódicamente arregladas en montoncitos. Gavard, cuya fortuna estaba prudentemente depositada en casa de un notario, tenía en reserva aquella suma para "el golpe de mano". Como decía él solemnemente, tenía pronto su óbolo para la revolución. Había vendido algunos títulos, experimentando un goce particular al contemplar cada noche los diez mil francos, acariciándolos con los ojos, y hallándo-

les aspecto gallardo e insurreccional. Por la noche, soñaba que se batían dentro de su armario; oía tiros de fusil, adoquines arrancados y rodando, voces de estrépito y de triunfo; era su dinero el que hacía la oposición.

La Sarriette había extendido las manos, lanzando un grito de alegría.

—¡Abajo las garras, niña mía!—dijo madame Lecœur con voz ronca.

Estaba más amarilla aún con el reflejo del oro, el rostro jaspeado por la bilis, los ojos quemados por la enfermedad del hígado que la minaba en silencio. Detrás de ella, mademoiselle Saget se empinaba sobre la punta de los pies, en éxtasis, mirando hasta el fondo del armario. Madame Léonce también se había levantado, mascullando sordas palabras.

—Mi tío me ha dicho que lo tomara todo—repuso claramente la joven.

—Y yo que le he cuidado, me quedaré sin nada entonces—exclamó la portera.

Madame Lecœur se ahogaba; las rechazó a las dos, y se aferró al armario tartamudeando:

—Es mío, yo soy su más próximo pariente, y vosotras sois ladronas, ¿oís?... Preferiría tirarlo todo por la ventana.

Hubo una pausa, durante la cual se miraron las cuatro con torvas miradas. La pañoleta de la Sarriette se había desatado del todo; la joven enseñaba el seno, adorable de vida, con la boca húmeda, la nariz rosada. Madame Lecœur se ensombreció más aún al verla tan hermoso de deseo.

—Escucha—la dijo con voz más apagada.—No nos peguemos; tú eres su sobrina, y consiento en repartírnoslo. Vamos a tomar un montón cada una.

Entonces, separaron a las otras dos. Empezó

la vendedora de manteca. El montoncillo desapareció entre sus faldas. Después, la Sarriette tomó a su vez otro montón. Se vigilaban mutuamente, prontas a darse golpes en las manos. Sus dedos se alargaban con regularidad; primero unos dedos horribles y nudosos; después unos dedos blancos y de flexibilidad de seda. Llenáronse los bolsillos. Cuando no quedó más que un montón, la joven no quiso que lo cogiese su tía, puesto que había sido la primera en tomar su montón. Lo repartió bruscamente entre mademoiselle Saget y madame Léonce, que las habían visto embolsarse el oro con escalofríos de fiebre.

—Gracias—refunfuñó la portera.—Cincuenta francos por haberle dormido a fuerza de tisanas y de caldo... ¡Y decía ese viejo embaucador que no tenía familia!

Madame Lecœur, antes de cerrar el armario, quiso visitarlo de arriba abajo. Contenía todos los libros políticos de introducción prohibida, los folletos de Bruselas, las historias escandalosas de los Bonaparte, las caricaturas extranjeras que ridiculizaban al emperador. Uno de los grandes deleites de Gavard, era el encerrarse a veces con un amigo para enseñarle todas aquellas cosas comprometedoras.

—Me han encargado que quemé los papeles—observó la Sarriette.

—¡Bah! No tenemos fuego, y sería cosa demasiado larga... Huele a la policía... Hemos de largarnos.

Y se fueron las cuatro. No estaban aún abajo de la escalera, cuando se presentó la policía. Madame Léonce tuvo que subir de nuevo para acompañar a aquellos señores. Las otras tres, encogiendo los hombros, se apresuraron a salir a la calle. Andaban de prisa, en hilera; la tía y

la sobrina molestas por el peso de sus bolsillos llenos. La Sarriette, que iba delante, se volvió, al subir a la acera de la calle Rambuteau, y dijo con su tierna risa:

—Esto me da golpes en los muslos.

Y madame Lecœur soltó una obscenidad que las hizo reír. Experimentaban un gran goce al sentir aquel peso que les estiraba las faldas, que se colgaba a ellas como unas manos cálidas de caricias. Mademoiselle Saget había conservado los cincuenta francos en su puño cerrado. Estaba seria, ideando un plan para sacar aún algo más de aquellos repletos bolsillos que seguía. Cuando llegaron a la esquina del pabellón del pescado:

—¡Toma!—dijo la vieja.—Llegamos en momento oportuno... Ahí está Florencio, que se va a dejar coger.

Florencio, en efecto, regresaba de su larga caminata. Fué a cambiar de gabán a su despacho, y se entregó a su trabajo cotidiano, vigilando el lavado de las piedras y paseándose lentamente por los andenes. Parecióle que le miraban singularmente; las pescaderas cuchicheaban al verle pasar y bajaban la nariz, con ojos solapados. El joven creyó que le esperaba algún nuevo vejamen. Desde hacía algún tiempo, aquellas mujeres gordas y terribles no le dejaban una mañana de reposo. Pero al pasar por delante del puesto de las Méhudin, se quedó en extremo sorprendido al oír que la vieja le decía con voz dulzona:

—Señor Florencio, un hombre ha venido a preguntar por usted hace un momento. Es un señor de alguna edad. Ha subido a su casa de usted a esperarle.

La vieja pescadera, caída como un fardo sobre una silla, experimentaba, al decir esto, un refi-

namiento de venganza que agitaba con un temblor su masa enorme. Florencio, dudando aún, miró a la bella Normanda. Esta, reconciliada por completo con su madre, abría el grifo, arreglaba los pescados y parecía no oír.

—¿Está usted segura?—preguntó.

—Oh, completamente segura. ¿No es verdad, Luisa?—repuso la vieja con voz más aguda.

Florencio pensó sin duda que sería para el gran asunto, y se decidió a subir. Iba a salir del pabellón cuando, al volverse maquinalmente, vió a la bella Normanda que le seguía con los ojos, con el rostro muy grave. El joven pasó al lado de las tres comadres.

—¿Ha observado usted, mademoiselle Saget? La salchichería está vacía. La bella Lisa no es mujer que se comprometa.

Era la verdad. La salchichería estaba desierta. La casa conservaba su fachada bañada de sol, su aspecto dichoso de casa buena calentándose honestamente el vientre a los primeros rayos. En lo alto, en el tejadillo, la planta estaba llena de flores. Cuando Florencio atravesaba el arroyo, hizo un signo amistoso con la cabeza a Logre y al señor Lebigre, que parecían tomar el aire a la puerta del establecimiento del último. Aquellos señores le sonrieron. Iba Florencio a hundirse en el portal, cuando creyó distinguir, en el fondo del pasillo estrecho y sombrío, el rostro pálido de Augusto que se desvaneció bruscamente. Entonces, volvió hacia atrás y echó una mirada a la salchichería, para asegurarse de que aquel señor de mediana edad no se había detenido allí. Pero no vió más que a Mouton, sentado encima de un tajo, y contemplándole con sus grandes ojos amarillos; el animal tenía los bigotazos erizados de gato que desconfía. Cuando Florencio se hubo decidido a entrar en el portal,

el rostro de la bella Lisa se dejó ver en el fondo, detrás del visillo de una puerta de cristales.

Hubo como un silencio en la pescadería. Los vientres y los pechos enormes contenían el aliento, esperando que Florencio hubiese desaparecido. Después, todo se desbordó; los pechos se ostentaron, los vientres reventaron de perversa alegría. La farsa había triunfado. No había nada más gracioso. La tía Méhudin se reía con sacudidas sordas, como un odre lleno que se vacía. Su historia del señor de mediana edad, daba la vuelta al Mercado, y parecía graciosísima a no poder más a aquellas damas. Por fin el "larguirucho" era empapelado, y no tendrían más allí su maldito aspecto, sus ojos de presidiario. Y todas le deseaban buen viaje, esperando que les mandasen un inspector buen mozo. Corrían de un puesto a otro, y por poco se ponen a bailar alrededor de las piedras como niñas escapadas. La bella Normanda contemplaba aquella alegría, no atreviéndose a moverse por miedo a llorar, y con las manos sobre una raya grande para calmar su fiebre.

—Ahí tiene usted a esas Méhudin, que le abandonan cuando ya no tiene un céntimo—dijo madame Lecœur.

—¡Toma! Hacen bien—respondió mademoiselle Saget.—Además, amiga mía, que esto se ha de acabar... No vale ya comerse unas a otras... Usted está contenta ya. Pues deje usted que las demás se arreglen como quieran.

—No se ríen más que las viejas—hizo observar la Sarriette.—La Normanda no parece muy alegre.

Entretanto, en su cuarto, Florencio se dejaba prender como un cordero. Los agentes se echaron sobre él con gran rudeza, esperando sin duda una resistencia desesperada. Florencio les ro-

gó dulcemente que le soltaran. Después se sentó, en tanto que los agentes empaquetaban los papeles, las bandas rojas, los brazales y las banderolas. Este desenlace no parecía sorprender a Florencio; era un consuelo para él, aunque no quisiera confesárselo abiertamente a sí mismo. Pero padecía al pensar en el odio que acababa de hacerle entrar en aquella habitación. Volvía a ver el rostro lívido de Augusto, las narices bajas de las pescaderas; recordaba las palabras de la tía Méhudin, el silencio de la Normanda, la salchicheria vacía; y se decía que los Mercados eran cómplices, que el barrio entero era el que le entregaba. A su alrededor subía el fango de aquellas calles grasientas.

Cuando, en medio de aquellos rostros que pasaban como relámpagos, evocó el joven de pronto la imagen de Quénu, se sintió sobrecogido por mortal angustia.

—Vamos, baje usted—le dijo con brutalidad uno de los agentes.

Levantóse Florencio y bajó. En el tercer piso, pidió volver a subir; pretextó haber olvidado una cosa. Los hombres no quisieron, y le empujaron hacia adelante. Florencio suplicó. Les ofreció algún dinero que llevaba encima. Dos de ellos consintieron por fin en acompañarle de nuevo a la habitación, amenazándole con romperle la cabeza si tentaba jugarles alguna mala partida. Y sacaron los revólveres del bolsillo. En la alcoba, Florencio se dirigió a la jaula del pinzón, cogió el pájaro, lo besó entre las dos alas y le dió libertad. Y le contempló, bajo el sol, posarse sobre el tejado de la pescadería, como aturdido, y después, de otra volada, desaparecer por cima de los Mercados, por el lado del jardín de los Inocentes. Florencio permaneció un instante más mirando al cielo, al cielo libre; pensaba en

las arrulladoras palomas torcaces de las Tullerías, en los palomos de los depósitos, con las gargantas atravesadas por Marjolin. Entonces, todo se destrozó en su interior, y siguió a los agentes, que volvían a guardarse en el bolsillo los revólveres, encogiéndose de hombros.

Al pie de la escalera, Florencio se detuvo ante la puerta que daba a la cocina de la salchichería. El comisario, que esperaba allí, casi conmovido por su obediente dulzura, le preguntó:

—¿Quiere usted decir adiós a su hermano?

Florencio vaciló un instante. Miraba la puerta. En la cocina se oía un ruido terrible de picadores y de marmitas. Lisa, para tener ocupado su marido, había imaginado hacerle hacer por la mañana la morcilla, que ordinariamente fabricaba por la noche. La cebolla cantaba sobre el fuego. Florencio oyó la alegre voz de Quénu, que dominaba aquel estrépito, diciendo:

—¡Ah, canastos! La morcilla será buena... Augusto, deme usted la carne.

Y Florencio dió las gracias al comisario, con el miedo de entrar en aquella cocina cálida, llena del fuerte olor de la cebolla cocida. Pasó por delante de la puerta, dichoso con creer que su hermano no sabía nada, apresurando el paso para evitar la última pena a la salchichería. Pero al recibir en el rostro el pleno sol de la calle, se avergonzó y subió al fiacre con la espalda encorvada y el rostro terroso. Sentía en frente de él la pescadería triunfante, y le parecía que todo el barrio estaba allí gozando.

—¿Eh? ¡Vaya un tipo! — dijo mademoiselle Saget.

—Un verdadero tipo de presidiario cogido con las manos en la masa—añadió madame Lecœur.

—Yo — repuso la Sarriette exhibiendo sus

blancos dientes,—he visto guillotinar a un hombre que tenía esa misma figura.

Se habían acercado y alargaban el cuello para verle otra vez dentro del fiacre. En el momento en que el coche se alejaba, la vieja solterona tiró vivamente de las faldas a las otras dos, señalándoles a Clara, que desembocaba por la calle Pirouette, enloquecida, suelto el cabello, con las uñas sangrientas. Había desencajado la puerta. Cuando comprendió que llegaba demasiado tarde, que se llevaban a Florencio, se lanzó detrás del fiacre, y se detuvo casi en seguida con un gesto de rabia impotente, mostrando los puños a las ruedas que huían. Después, coloradísima bajo el fino polvillo de cal que la cubría, volvió corriendo a la calle de Pirouette.

—¿Es que él le había dado palabra de casamiento? — exclamó riéndose la Sarriette.—Está chiflada, esa tonta.

El barrio se calmó. Varios grupos, hasta que se cerraron los pabellones, estuvieron hablando de los acontecimientos de la mañana. Se miraba con gran curiosidad hacia la salchichería. Lisa evitó el presentarse, dejando a Agustina en el mostrador. Por la tarde, creyó que debía por fin decirselo todo a Quénu, por temor a que cualquier comadre le diera el golpe con demasiada rudeza. Esperó a estar sola con él en la cocina, pues sabía que le gustaba estar allí, y que allí lloraría menos. Además, echó mano de circunloquios maternos. Pero cuando Quénu supo la verdad, cayó sobre la tabla de picar y prorrumpió en llanto como un ternero.

—Vamos, pobrecito mío, no te desesperes así, que te vas a poner malo—le dijo Lisa estrechándole en sus brazos.

Los ojos de Quénu manaban lágrimas que corrían por blanco delantal, y su inerte mole tenía

estremecimiento de dolor. Se hacía una masa, se fundía. Cuando pudo hablar:

—No—balbuceó.—No sabes lo bueno que era para mí, cuando vivíamos en la calle de Royer-Collard. El era el que barría, el que guisaba... Me quería como a un hijo; volvía a casa lleno de barro, cansado, sin poder menearse; y yo, yo comía bien, estaba calentito en casa... Ahora lo van a fusilar...

Lisa protestó, dijo que no le fusilarían. Pero Quénu movía la cabeza. Y continuaba:

—No importa, no le he querido bastante... Ahora puedo decirlo... He tenido mal corazón; titubeaba al darle su parte de la herencia...

—No; yo se la ofrecía más de diez veces—exclamó Lisa.—No tenemos nada que echarnos en cara.

—¡Oh, tú! Ya lo sé; tú eres buena, tú se lo hubieras dado todo... Yo... yo sentía alguna pena, ¿qué quieres? Esto será el remordimiento de toda mi vida. Siempre pensaré que, si la hubiese comprometido con él, no hubiera ido él por mal camino por segunda vez... Es culpa mía. Soy yo quien le ha vendido.

Lisa se mostró más dulce, y le dijo que no debía torturarse el alma. Llegaba a compadecer a Florencio; por lo demás, éste era muy culpable. Si hubiera tenido más dinero, quizá hubiera hecho mayores tonterías. Poco a poco, llegaba la joven a dar a entender que no podía ocurrir otra cosa, y que todo el mundo estaría mejor en adelante. Quénu seguía llorando, se enjugaba los ojos con el delantal, ahogando sus sollozos para escucharla, y después prorrumpiendo de nuevo en más abundantes lágrimas. Maquinalmente había puesto los dedos en un montón de carne para salchichas que estaba sobre la tabla de picar; y hacía agujeros en ella.

—¿Te acuerdas?—continuaba Lisa.—Tú no te sentías bien. Y es que no teníamos ya nuestras costumbres. Yo estaba muy inquieta, aunque no te lo decía; bien veía que ibas perdiendo.

—¿De veras?—murmuró Quénu, cesando de sollozar un instante.

—Ni la casa ha marchado tampoco este año. Era como un mal de ojo... Vaya, no llores, que ya verás cómo todo vuelve al buen camino. Es preciso que te conserves para mí y para tu hija... También tienes deberes que cumplir con nosotras.

Quénu sobaba con más suavidad la carne de las salchichas. La emoción le asaltaba de nuevo, pero era una emoción enternecida que ponía una sonrisa vaga en su desconsolado rostro. Lisa le vió convencido. En seguida llamó a Paulina que jugaba en las rodillas de su padre, diciéndole:

—Paulina, ¿no es verdad que tu padre tiene que ser bueno? Pídele tú con cariño que no nos dé más pena.

La niña lo pidió con cariño. Se miraron, estrechados los tres en el mismo abrazo, enormes, desbordantes, convalecientes ya de aquel mal-estar de un año de que acababan de salir; y se sonrieron con sus anchos rostros redondos, mientras la salchichera repetía:

—Al fin y al cabo, en el mundo no hay nadie más que nosotros tres, gordo mío, nosotros tres.

*
* *

Dos meses más tarde, Florencio era condenado de nuevo a la deportación. El asunto armó un ruido enorme. Los periódicos se apoderaron de los menores detalles, publicaron los retratos de los acusados, los dibujos de las banderolas y de las bandas, los planos de los lugares en que se reunía la partida. Por espacio de quince días no se habló en París más que del complot de los Mercados. La policía lanzaba notas cada vez más inquietantes; se acababa por decir que todo el barrio de Montmartre estaba minado. En el Cuerpo legislativo la emoción fué tan grande, que el centro y la derecha olvidaron aquella malhadada ley de dotación que les había dividido por un instante, y se reconciliaron, votando por aplastante mayoría el proyecto de impuesto popular, del que ni siquiera los arrabales se atrevían a quejarse, por el pánico que reinaba en la ciudad. El proceso duró una semana entera. Florencio se vió sorprendido en extremo por el considerable número de cómplices que se le atribuyó. Conocía a lo más a seis o siete de los veintitantos sentados en el banquillo de los acusados. Después de la lectura de la sentencia, creyó ver el sombrero y la inocente espalda de Robine alejándose despacito entre medio de la muchedumbre. Logre quedaba libre, como también Lacaille. Alejandro era castigado con dos años de prisión, por haberse comprometido como un niño

grande. En cuanto a Gavard, era, como Florencio, condenado a la deportación. Esto fué un golpe de maza que le aplastó en sus últimos goces, al fin de aquellos largos debates que había conseguido llenar con su persona. Cara pagaba su verbosidad de oposición de tendero parisiense. Dos gruesas lágrimas corrieron por su asustado rostro de niño de cabello blanco.

Y, una mañana del mes de agosto, en medio del despertar de los Mercados, Claudio Lantier, que paseaba su holgazanería viendo la llegada de las legumbres, con el vientre oprimido por su cinturón rojo, fué a estrechar la mano de madame François, a la punta de San Eustaquio. La verdulera estaba allí, con el rostro triste, sentada sobre sus nabos y sus zanahorias. El pintor estaba sombrío, a pesar del claro sol que enternecía ya el terciopelo verde oscuro de las montañas de coles.

—Bueno, ya está hecho—dijo Claudio.—Los vuelven a enviar allá... Creo que ya los han llevado a Brest.

La verdulera hizo un gesto de dolor mudo. Paseó lentamente la mano en torno de ella, y murmuró con apagada voz:

—¡Es París; es ese maldito París!

—No; yo sé lo que es; son los miserables—repuso Claudio cuyos puños se crispaban.—Imagínese usted, madame François, que no hay burradas que no hayan dicho en el tribunal... ¡Pues no se han metido a revolver hasta los cartapacios de escritura de un niño! El imbécil del fiscal armó el gran cisco acerca de ellos, con el respeto a la infancia por aquí, la educación demagógica por allá... Crea usted que me pone malo el recordarlo.

Le asaltó un escalofrío nervioso; después con-

tinuó, hundiendo más los hombros en el verdoso gabán:

—Un hombre más dulce que una niña, a quien vi desmayarse al ver matar unos pichones... Cuando le vi entrar entre dos gendarmes, me hizo reír de lástima... No le veremos más; esta vez se quedará por allí.

—El hubiera debido hacerme caso — dijo la verdulera al cabo de una pausa. — Venirse a Nanterre, vivir allí, con mis pollos y mis conejos... Yo le quería, ¿sabe usted?... porque había comprendido que era bueno. Hubiera podido ser feliz... Es una pena muy grande... Consuélese usted, ¿sabe, señor Claudio? Le espero uno de estos días, para que nos comamos una tortilla...

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se levantó, como una mujer valiente que soporta rudamente la pena.

—¡Toma! — dijo. — Aquí viene la tía Chantemesse a comprarme nabos... Siempre gallarda, esa gordota tía Chantemesse...

Claudio se fué y siguió vagando. El día había subido por el fondo de la calle Rambuteau. El sol, al ras de las techumbres, ponía rayos rosados, lienzos colgantes que tocaban ya al empedrado. Y Claudio sentía un despertar de alegría en los grandes Mercados sonoros, en el barrio lleno de alimentos amontonados. Era como una alegría de curación, un estrépito más fuerte de gentes aliviadas por fin de un peso que les estorbaba en el estómago. Vió la Sarriette, con reloj de oro, cantando en medio de sus ciruelas y sus fresas, y tirando del bigotillo del señor Julio, vestido con americana de terciopelo. Vió a madame Lecœur y a mademoiselle Saget que pasaban bajo una calle cubierta, menos amarillas, con las mejillas casi rosadas, como buenas amigas complacidas por algún chisme. En la pesca-

dería, la tía Méhudin, que había vuelto a encargarse de su puesto, colocaba sus pescados, injuriaba a la gente y se burlaba del nuevo inspector, un hombre joven a quien había jurado hacer saltar; en tanto que Clara, más muelle, más perezosa, arreglaba con sus manos azuladas por el agua de los viveros, un montón enorme de caracoles que la barba jaspeaba con hilillos de plata. En la tripería, Augusto y Agustina compraban pies de cerdo, con su tierno aspecto de recién casados, y volvían a marcharse en carromato hacia la salchichería de Montrouge. Después, cuando eran ya las ocho y ya hacía calor, encontró Claudio, al volver a la calle de Rambuteau, a Muche y a Paulina que jugaban a los caballos; Muche andaba a gatas y Paulina, sentada a su espalda, se le agarraba a los cabellos para no caer. Y, sobre los techos de los Mercados, en el borde de los canalones, una sombra que pasó, le hizo volver la cabeza; eran Cadina y Marjolin, riéndose y besándose, ardiendo al sol y dominando el barrio con sus amores de animales dichosos.

Entonces Claudio les enseñó los puños. Estaba exasperado por aquella fiesta del suelo y del cielo. Injuriaba a los Gordos, diciéndose que los Gordos habían vencido. En torno suyo no veía más que Gordos, redondeándose, reventando de salud, saludando un nuevo día de hermosa digestión. Al detenerse en la calle Pirouette, el espectáculo que vió a derecha y a izquierda le dió el último golpe.

A su derecha, la bella Normanda, la bella madame Lebigre, como ya la llamaban, estaba en pie en el dintel de su tienda. Su marido había logrado juntar a su comercio de vinos, un estanco, sueño que hacía mucho tiempo acariciaba, y que se había realizado por fin, gracias a los gran-

des servicios prestados. La bella madame Lebigre pareció soberbia al pintor, con su traje de seda, su cabello rizado, pronta a sentarse tras su mostrador, en donde todos los señores del barrio le compraban puros y cajetillas. La Normanda se había convertido en mujer distinguida, en verdadera dama. Detrás de ella la sala, repintada, tenía frescos pámpanos sobre un fondo claro. El zinc del mostrador relucía, y las botellas de licor encendían en el espejo fuegos más vivos. La Normanda se reía a la luz de la clara mañana.

A su izquierda, la bella Lisa, en el dintel de la salchichería, ocupaba toda la anchura de la puerta. Nunca su ropa blanca había ostentado semejante blancura; nunca su carne reposada, su rosado rostro se habían encuadrado en bandos mejor alisados. Ostentaba un gran sosiego, satisfecho, una tranquilidad enorme que nada turbaba, ni siquiera una sonrisa. Era la paz absoluta, una felicidad completa, sin estremecimientos, sin vida, bañada por el cálido aire. Su oprimido cuerpo digería aún la felicidad de la víspera; sus manos gruesas, perdidas en el delantal, no se extendían ni aun para coger la dicha del día, persuadidas de que ésta llegaría por sí sola. Y, a su lado, el escaparate tenía una felicidad parecida; estaba ya curado; las lenguas se alzaban más rojas y más sanas; los jamones recobraban sus buenos rostros amarillos; las guirnaldas de salchichas no tenían ya aquel aspecto de desesperación que desconsolaba a Quénu. En el fondo sonaba una risa gorda, en la cocina, acompañada de un regocijante estrépito de cacerolas. La salchichería sudaba de nueva salud, una salud grasienta. Las tiras de tocino entrevistas, los medios cerdos colgados contra los mármoles, po-

nían allí redondeces de vientre, todo un triunfo de vientre; en tanto que Lisa, inmóvil, con su aire de dignidad, daba a los Mercados los buenos días matutinos, con sus grandes ojos de buena comedora.

Después, las dos se inclinaron. La bella madame Lebigre y la bella madame Quénu cambiaron un saludo de amistad.

Y Claudio, que seguramente se había olvidado de cenar la víspera, asaltado de cólera al verlas tan saludables, tan compuestas, con sus gordos pechos, se apretó el cinturón, refunfuñando con incomodada voz:

—¡Qué marranas son las personas decentes!

FIN

